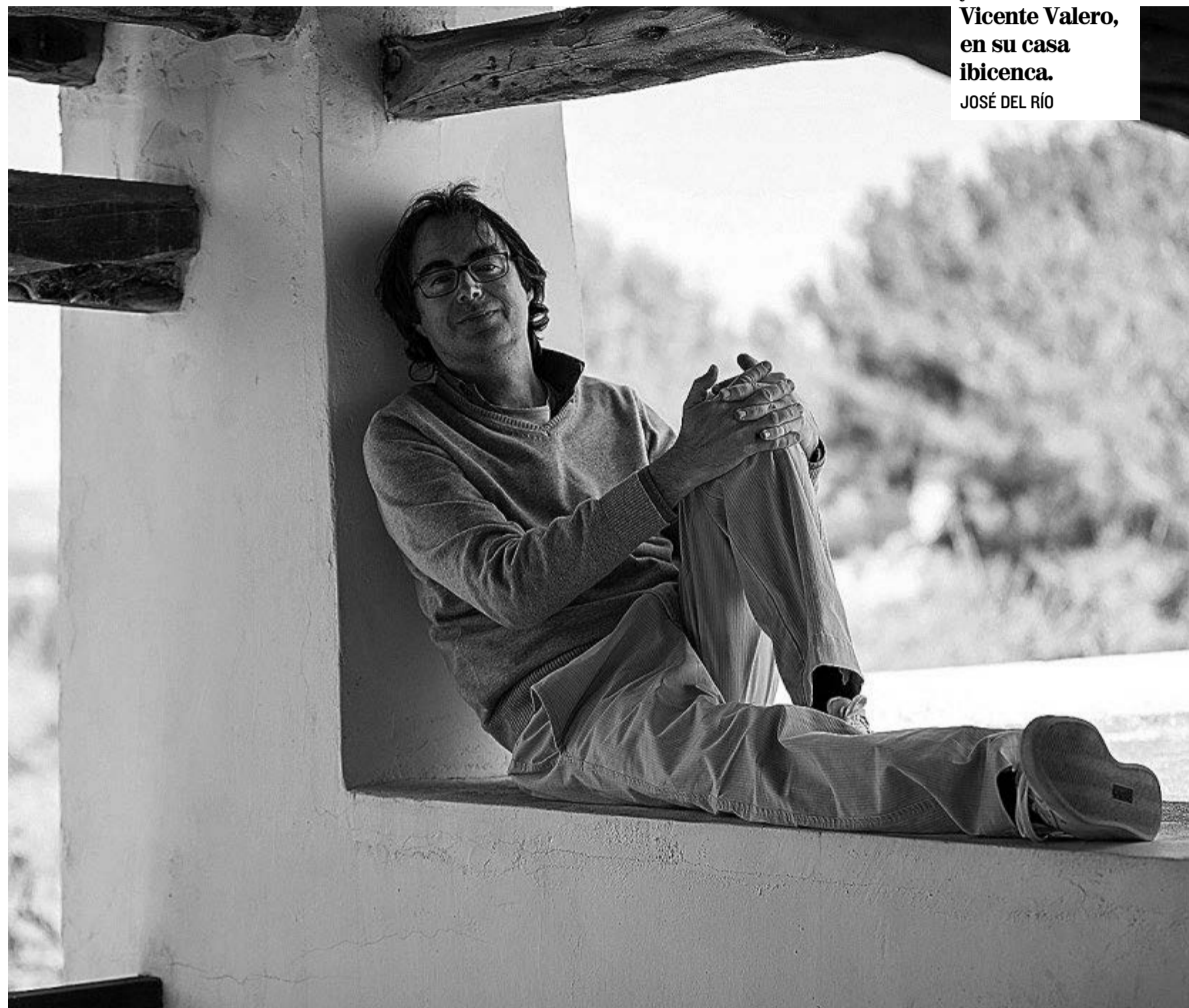


Una isla es el mundo. El poeta y narrador Vicente Valero, en su casa ibicenca.

JOSÉ DEL RÍO



LITERATURA

La vida no se entiende sin los libros. Tampoco es que con ellos en las manos y en la mente se acabe de comprender del todo lo que nos ha ido pasando, pero sin ellos, desde luego, la penumbra es completa de una manera casi literal, oscuridad en forma de olvido. Y que los libros son algo así como la memoria de la humanidad, el registro universal de todo lo relevante, es algo más fácil de intuir que de demostrar, pero es también un fenómeno que se vislumbra mucho más nítidamente cuando nos fijamos en los casos particulares, en los ejemplos pequeños.

Quiero decir que costaría cierto esfuerzo demostrar que entre todos los escritores rusos (y, después, entre todos los historiadores) han conseguido «traducir» la historia, y el «alma» y el carácter de Rusia a lenguaje, a escritura... pero cuesta poco comprobar que, por ejemplo, Ibiza tiene, aparte de (supongo) a su cronista oficial, o a sus archiveros..., a un cronista oficioso que poco a poco, libro a libro, y utilizando preferentemente la materia prima de su propia memoria (pero recurriendo sin dudar a la imaginación, esa que apunta y confirma y completa y hasta enaltece la realidad), va dibujando para el presente y la posteridad una

versión poética, creativa y poderosa de aquella pequeña isla, algo así como un territorio que no puede visitarse ni verse sino que ha de pensarse, que sólo se manifiesta y se materializa cuando se le lee, un monumento hecho de aire, una copia invisible pero veraz, casi cospumatista, que se superpusiera y coincidiera con la tierra y los pueblos y las playas.

VICENTE VALERO

Cuando Ibiza era un poco Stromboli

‘Enfermos antiguos’ es una nueva y preciosa tesela en el mosaico de los recuerdos aparentemente anecdóticos con los que el poeta lleva narrando una isla llena de códigos indecibles y personajes secretamente extravagantes

POR JUAN MARQUÉS

Me refiero, por supuesto, a los libros en prosa del poeta Vicente Valero, que van creando una memoria eterna de un enclave literario que es plenamente suyo, y sobre el que ha escrito ya monografías acerca de sus ilustres visitantes (en *Viajeros contemporáneos* y, particularmente sobre Walter Benjamin, en *Experiencia y pobreza*), sobre cómo fue vi-

vida allí la muerte de Franco (que había visitado Ibiza dos veces), al menos entre los adolescentes (en *Las transiciones*), sobre familiares ibicencos del autor que son o parecen tan estrafalarios y extravagantes como muchos de los foráneos que acabaron viviendo allí (en *Los extraños*, una obra maestra), o, en fin, sobre esos detalles de los que uno se acuerda cuando visita sus cuadernos personales (en el *Diario de un acercamiento*, donde leímos ese detalle impagable, como neorrealista, que nos revelaba que los niños ibicencos de los años 60 se disfrazaban «de turista» en los carnavales).

Ahora, en *Enfermos antiguos* (Periférica), vuelve a ser un tema que parece muy menor el que, de repente, se convierte en un fenomenal pretexto para ponerse a recordar (lo cual no excluye ponerse a fabular).

Como en las primeras páginas de la maravillosa *Conversación en Sicilia* de Elio Vittorini, en las que el protagonista acompañaba a su madre a poner inyecciones por el pueblo, Vicente Valero recuerda a los enfermos a los que su madre, por pura caridad, o por costumbre, o por consideración, visitaba por

las tardes, amigos y conocidos a los que llevaba un poco de caldo, o unas frutas, o un rato de conversación. Por supuesto que la cosa no queda ahí (aunque podría haber bastado), sino que todo ello lleva al autor a pequeñas digresiones sociológicas, diminutos detalles históricos, minucias que, sin embargo, aportan una pequeña y significativa tesela a ese gran mosaico que anda escribiendo, y que reconstruye de forma vívida aquello que él conoció.

En ese sentido, el corazón del libro está probablemente en las páginas, magistrales, sobre un curioso profesor que durante unas pocas semanas sustituyó al titular, definitivamente enfermo. El retrato del iluminado y protegido don Deneb es casi un complemento perfecto a *Los extraños*, pero no es el único. Está el exiliado que regresó de Toulouse, con su familia, para morir en su tierra. Está el profesor de alemán que naufragó. Están los pescaderos que murieron en un accidente de avión (lo cual tiene algo de paradójico). Está el compañero de colegio que enfermó. Y están los médicos de la isla, verdaderas autoridades laicas, y sus rencillas, su competitividad. Y está, como en todos los libros (y como suele ocurrir en la psicología insular), esa agobiante sensación de aislamiento, de que la Historia ocurre en otro sitio, siempre en tierra firme, con el consiguiente anhelo de emigrar (dado, además que «en una isla no se estaba para prosperar sino para sobrevivir»)...

Con todo ello, Valero consigue levantar y defender un microcosmos que, salvando las distancias y los tamaños y hasta las épocas, al cabo retrata a cualquier sociedad, y en concreto a cualquier sociedad española, y muy en concreto a la de ese tiempo, apenas antes de ayer. La vigilancia crepuscular de una Iglesia que

ya se sabía de retirada, el estupor ante los llegados desde lejos, la desconfianza hacia ciertas medicinas o atuendos, el respeto antiguo ante ciertos apellidos, los usos y tradiciones heredados. Un mundo apenas cancelado que Valero va recuperando y hasta repoblando con una rigurosa imaginación.

ENFERMOS ANTIGUOS

VICENTE VALERO

144 págs. Periférica.

15,75 euros

sultado de 25 años de duro trabajo, esfuerzos agotadores, peligros y mortificaciones de todo tipo! ¡Un incompetente, un ostrogodo, lo destruye todo en un instante!».

A pesar de su insatisfacción, la *Enciclopedia*, explica Curran, es el «logro supremo de la Ilustración» e hizo avanzar las ideas «de un modo que nadie, ni Voltaire, y menos aún Rousseau, había logrado hasta entonces (...) Bajo su dirección, el conocimiento se había transformado en una forma de combate político». La Revolución, cuyo estallido bélico no llegaría hasta 1789, había comenzado en realidad unos años antes, en 1751, cuando apareció el primer tomo de la *Encyclopédie*.

Desde 1772, cuando pone fin a su trabajo en la obra, un Diderot ya con casi 60 años, se dedica a recuperar los textos que había ido escribiendo y guardando, por prudencia, en un cajón, retomando de nuevo el pulso de su escritura.

Para Curran esta es «la segunda e inequívocamente más importante etapa de su carrera, la que llevó a cabo trabajando en la sombra». Se descubre entonces como un moderno crítico de arte en los salones del Louvre que inspiró a «Stendhal, Balzac o Baudelaire»; como un pensador político antiabsolutista y liberal, que realiza informes para Catalina la Grande, a la que visita en San Petersburgo en 1774, convirtiéndose con el tiempo, afirma Curran, «en el escritor favorito de Marx»; como anticolonialista anónimo, participando en la *Histoire des deux Indes*, del abate Raynal, un exitoso estudio crítico sobre la colonización europea; como un dramaturgo de éxito cuyas piezas burguesas llenaban los teatros de toda Francia. En fin, como un novelista brillante en *La religiosa* o *Jacques el fatalista*, y un pensador epicúreo y estoico en su *Ensayo sobre la vida de Séneca* o en los diálogos filosóficos *El sueño de D'Alembert* y *El sobrino de Rameau*, considerada su obra maestra.

Su escritura es una apuesta por la felicidad a toda costa. «Sólo hay una virtud, la justicia; sólo un deber, ser feliz; y un corolario, no exagerar la importancia de la propia vida ni temer a la muerte», dejó escrito los últimos años de su vida. Lector de Lucrecio y de Spinoza, sus textos son de un profundo materialismo y de un ateísmo tan radical que le llevó a anticipar en su popular poema *Les éleuthéromanes*: «Y con las tripas del último sacerdote estrangularemos al último rey».